

de Carlos IV y á la imprevisión y torpeza de Godoy, y que era un arma terrible en manos de hombre tan poco escrupuloso como el primer Cónsul, el cual, sirviéndose de ella pérfidamente, quiso sujetarnos á su imperiosa voluntad. En dicha convención, que venía á reproducir en casi todos sus funestos compromisos el antiguo *pacto de familia* de los Borbones, se acordaba entre los dos Estados una alianza á *perpetuidad*, determinándose el contingente de tropas y de marina con que, al sobrevenir la guerra, había de auxiliar el uno al otro. Para que cualquiera de las partes tuviese que cumplir la obligación contraída, bastaba el simple requerimiento de la otra, sin que «fuese necesario discutir la cuestión de si la guerra era ofensiva ó defensiva.» Huelga decir que Bonaparte en nada se consideraba ligado por la estipulación referida, y bien claro se patentizó en Amiens, donde fuimos constreñidos á ceder la isla de la Trinidad contra todos nuestros deseos fundados en la justicia, no obstante consignarse en el tratado de San Ildefonso que «la paz sólo debía ajustarse de común acuerdo» y que, si se celebraba separadamente, había de ser á condición de que «ningún perjuicio resultase á la potencia auxiliar.» Pero ahora se trataba de su interés, no del nuestro, y su criterio era totalmente distinto. Pidió, por tanto, á España que declarase la guerra á Inglaterra; mas esperando poco de una cooperación obtenida casi á la fuerza, manifestóse dispuesto á consentir que nos conservásemos neutrales, con tal que le pagáramos un subsidio en metálico y reconociéramos la libertad del comercio francés. Cruzáronse varias comunicaciones entre Bonaparte y Carlos IV, apremiantes y amenazadoras las del primero, evasivas las del segundo. Resistíase éste á la violencia que se intentaba ejercer sobre él, y exigía Bonaparte que se revocara la orden dada de poner sobre las armas cien mil hombres; que se destituyera á los gobernadores de Cádiz, Málaga y Algeciras, culpables, según él, de haber dejado apresar en aquellas aguas dos naves francesas; el pago del valor de éstas; que se dirigiesen las tropas á Gibraltar y á la Coruña, en lugar de hacerlo á Navarra, Vizcaya, Cataluña y otros puntos, y, finalmente, que, ó declarásemos la guerra á la Gran Bretaña, contando en tal caso con que vendrían á España dos ejércitos franceses, uno para invadir á Portugal y otro destinado al ataque de Gibraltar, ó abonásemos seis millones de francos mensualmente á la República. De no aceptarse ninguna de las dos proposiciones que formulaba, inmediatamente daría orden á Augereau para que entrase en España con el ejército que acampaba en Bayona. No le habría convenido en modo alguno al primer Cónsul poner por obra esta amenaza, que hubiese obligado á España á aliarse con Inglaterra, lo que tal vez, precipitando acontecimientos que más tarde debían cumplirse, hubiese ahorrado á Europa, sin exceptuar á Francia innúmeras calamidades; pero conociendo bien á Carlos IV y al príncipe de la Paz, creía poder abandonarse impunemente á las fierezas y atrevimientos propios de su carácter. Con todo, como encontrara en Godoy más oposición de la que esperaba, valióse de un medio inicuo para vencerla, el cual consistió en enviar por Hermann, secretario de



CARLOS IV.—(Cuadro de Goya.)

la legación francesa en Madrid, á Beurnonville, que era el embajador, una carta suya al rey, con una nota destinada á Ceballos, el ministro de Negocios Extranjeros. En la carta, después de aludir en términos transparentes á hechos deshonrosos para el trono y la persona del monarca, se pedía al rey el destierro del privado, so pena de que quisiese labrar con su bondad excesiva la desgracia de sus pueblos, de su corona y de su raza; en la nota, hablábase desembozadamente del favor que tenía Godoy con la reina, amenazando dar publicidad á las traiciones y maquinaciones imputadas al valido. Beurnonville recibió el encargo de comunicar al príncipe de la Paz copias literales de ambos documentos, con la advertencia de que no se remitirían á su destino si eran atendidas las pretensiones de Bonaparte. Godoy vertió lágrimas de vergüenza y de cólera al leer los indignos escritos: sin embargo, aún rehusó aceptar todas las cláusulas del tratado que proponía el primer Cónsul, en vista de lo cual Beurnonville, lleno de despecho, presentóse en Palacio entregando á Carlos IV la infamante carta; pero el rey, prevenido de que contenía expresiones injuriosas, medio ideado por Godoy y María Luisa para salir del apuro, la devolvió sin abrirla, asegurando al embajador que era inútil leerla, pues nuestro ministro en París había recibido ya orden de suscribir el tratado. Así era, en efecto. Nuestros míseros gobernantes, faltos de valor para romper el dogal que se habían puesto á sí mismos al cuello con su funesta política, cubrían cada vez de mayor oprobio et claro nombre de España. En el tratado que Azara firmó y que por escarnio, sin duda, llamóse de neutralidad, accedía el gobierno de Madrid á las reclamaciones de Bonaparte en lo tocante á los gobernadores de algunos puertos, y nos obligábamos, entre otras cosas, á proveer de cuanto necesitasen para su reparación y armamento los buques franceses que arribaran á Cádiz, el Ferrol y lo Coruña, á pagar á Francia un subsidio anual de seis millones y á celebrar aquel mismo año un tratado de comercio con la República. España arrastró consigo á Portugal; pues, por la cláusula séptima del tratado á que acabamos de referirnos, se obligaba á reducir al reino vecino á pagar á Francia un millón de francos. Portugal hubo de someterse al sacrificio que se le imponía, á pretexto de declararle exento de las obligaciones contraídas en el tratado de paz que celebrara con la República francesa en Septiembre de mil ochocientos uno. Ahora bien, estas obligaciones consistían simplemente en cerrar los puertos lusitanos á los ingleses mientras durase la guerra, que estaba á punto de concluir, y habían fenecido de pleno derecho desde el momento que terminó; ningún deber pendiente tenía, por tanto, con Francia; por lo que, exigiéndole ésta aquel subsidio, háciale víctima de un irritante abuso de fuerza, de una verdadera expoliación; pero la justicia era palabra vana para el primer Cónsul.

Como medio de ganar tiempo, que le permitiese poner á salvo su marina, y deseando halagar el amor propio del emperador Alejandro, había propuesto Bonaparte, al declararse la guerra, el arbitraje del joven Czar, esperando atraerse su apoyo si Inglaterra no